

do Siervo de Dios; que desde entonces no sabía la gente nombrar el Convento de la Aguilera, sino con el glorioso nombre de *Domus Dei; Casa de Dios*; y este es el origen del antiguo, y decoroso título, con que hasta oy dignamente se dà à conocer esta santa Casa.

De estas mismas glorias cupo gran parte tambien al exemplarísimo Convento del Abrojo; pues no fue vna vez sola la que allí vieron arder al Santo en las prodigiosas llamas de amor Divino, que dexamos referidas. En vna de estas ocasiones, que oraba extático, y bañado de resplandores, admiraron los Religiosos vna gloriosa Escala, muy semejante à la de Jacob; que tocando con el extremo superior en los Cielos, con el inferior esquivaba en la tierra, en aquella misma parte, que ocupaba el dichoso Regalado. Por esta Escala baxaba, y subía acompañado de multitud de Angeles nuestro Serafico P. S. Francisco: quien, quando baxaba, repartía entre sus hijos copiosas bendiciones, que traía del Cielo; y quando subía, presentaba à Dios las oraciones que llevaba del bendito Regalado, y de sus hijos: y de aqui quedó al referido Convento del Abrojo el glorioso nombre, que oy goza, de *Scala Caeli; Escala del Cielo*.

El prodigio principal, que dexamos historiado del maravilloso incendio, en que ardía visiblemente el enamorado Siervo de Dios; sin embargo de que en lo substancial tiene bastantes exemplares en Historias Ecclesiasticas, que pueden verse en Thomas Bozio, citado à la margen: todavia en las circunstancias de su repetición, extensión, y publicidad, creo es singularísimo. Lo que no tiene duda es, que siempre será superior argumento de que el incendio de amor Divino, que ardía en el corazón del Regalado, como en lampara de fuego, y lampara de llamas, se cebaba con aquel celest-

*De signis
Eccles. lib.
15. Sig. 61.
cap. 5.*

tial Espofo, que derramado en azeite de finezas, y suavidades, fomenta el ardor de sus mas escogidos Amantes; hasta transformarlos de hombres en Serafines, à fuerza de las llamas. Al fin, como impaciente en su misma libertad el Amor Divino, parece quiso adelantar, aun en esta vida à su Regalado Siervo los dolores de Gloria; disponiendo, que los mismos rayos de luz, con que resplandecerà por eternidades perpetuas entre los Santos Gloriosos de la Triunfante Jerusalem: le formen Diadema, y Corona de honor con que viva glorificado, como prodigio del mundo, entre los Justos de la Militante Iglesia.

CAPITULO XIX.

*DEL ARDIENTE AMOR DEL
Regalado à nuestro Redemptor Jesus: y de
los fervorosos exercicios, con que
hazia memoria de su Pasion
Sacrosanta.*

Como el Aguila generosa, que despues de aver bebido rayo à rayo las luzes al Sol, contemplando, sin pestañear, la belleza de sus resplandores, se buelve à descansar al nido, que en las roturas del risco mas elevado fabricò para su habitación, y morada: así los Espiritus verdaderamente contemplativos, despues de beber los rayos del Sol de la Divinidad en la contemplacion de sus bellezas, atributos, y perfecciones, buelven à recogerse à la Humanidad Santísima de nuestro Señor Jesus Christo, como à segura piedra de exaltacion, y refugio; donde recobrando alientos de nuevo espíritu, salen despues con mas elevado vuelo à sumergirse en la misma Divinidad, como en inmenso pielago, esfera, y centro de inaccesibles luzes. La practica con-

traria; con la doctrina, de que en lle-

gando las almas al estado de contemplacion, no han de descender ya, mas à meditar en Jesu-Christo Redemptor nuestro; sino que han de hazer estudio de sacudir de la memoria, y del corazón la imagen, y el afecto de la Sacratísima Humanidad: es vno de aquellos temerarios deslumbramientos, à que miran con horror, y escandalo los ojos de la piedad Christiana; y que ya tiene condenados la Iglesia entre los demás errores de los Molinistas. Todas las Escrituras Sagradas, todas las plumas de los Padres, y Doctores de la Iglesia, y todos los exemplos de los Santos gritan à vna voz detestando, abominando, y condenando tan execrable doctrina; en cuya impugnacion de buena gana dexara correr mi pluma, dando vvidas aqui muchas de las evidentísimas, y convincentes razones, con que la verdad, la piedad, y el zelo de los Santos Doctores, y Maestros Mysticos destruyen el error de tan detestable dogma. Por no apartarme empero demasiadamente del asunto de la Historia, contentaré mi devocion siquiera con alegar en general toda la solidísima Doctrina, y practica del Apostol S. Pablo; que despues de aver sido arrebatado maravillosamente à la contemplacion altísima de la Divinidad; donde conociò secretos tan profundos como inefables: nada meditaba con mas frecuencia, ni nada ostentaba saber entre los Discipulos, que instruir en la ley, y perfeccion Christiana; sino solo à Jesu-Christo, y este Crucificado. Christo era el exemplar, à que miraba, para copiar sus virtudes; Christo era el vestido nuevo de la gracia, en que deseaba ser conocido, y de que hazia gala entre sus mismos perseguidores: Christo era su vida; Christo su logro; Christo su deseo; Christo su gloria; Christo su respiracion; Christo su espíritu; Christo

su vida; de modo, que à rostro descubierta pregonaba en medio del mundo, que vivía en él; no en Christo en él, porque solo Christo era la vida suya.

Por este camino del Apostol, en que se ven impressas aquellas pisadas, de que habla S. Pedro en su 1. Epistola, diziendo, que nos las dexò señaladas Christo; para segura guia de nuestra conducta: camino continuamente nuestro Santo Regalado; porque el ordinario pabulo, en que se cebaban las prodigiosas llamas de amor Serafico, que dexamos historiadas en el Capitulo antecedente: era la Vida, Pasion, y Muerte del mismo Redemptor. No tenían en la oracion otro mas frequente asunto sus potencias: en esta dulce tarea las traía ocupadas siempre; cogiendo de su ocupacion el opimo fruto de las mas nobles virtudes. Ocupaba la memoria, representando al entendimiento los hermosos passos, y venerables Mysterios de la Humanidad Sacrosanta: ocupaba el entendimiento, proponiendo, y ponderando profundamente à la voluntad las Divinísimas finezas de vn Dios hombre vestido de la forma de Siervo; y en ella hecho, por nuestro amor, Humilde, Manso, Abatido, Mortificado, Pobre, Obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; y ocupaba finalmente la voluntad, exhalandola toda en afectos, y ansias de la imitacion. Y como meditaba à este dulce Objeto, Dueño de sus potencias, no solo en la forma de Dios, en que era igual al Padre, y por esto imagen de su bondad, y resplandor de su gloria: sino tambien en la forma de Siervo, en la que, por la nimia caridad, con que nos amò, quiso ser hecho Varon de dolores, y maldito de su Pueblo, sufriendo los oprobios, las irrisiones, las ignominias, las penas de azotado, crucificado, y muerto: procuraba que

que la transformacion de su amor fue-
se llena en todas lineas: de modo,
que por la parte del espíritu, quedasse
hecho vn espíritu con Dios: y por la
parte del cuerpo, vn mismo cuerpo
con Christo.

Para conseguir este fin, en quanto
la vehemencia de su amor se lo per-
suadía posible, repetía en su carne
todas las noches, tan viva como dolo-
rosamente, la venerable tragedia de
la Pasión, y Muerte de nuestro Red-
emptor Divino: cuya representa-
cion executaba en esta forma. En cu-
briendo bien la noche, quando el si-
lencio de sus tinieblas está despertando
la devocion, y recogimiento del
alma: salía del Convento de la Agui-
lera, prevenido de todos los neces-
sarios dolorosos instrumentos de la
Pasión. Así prevenido, hacia alto
en la muda soledad de vn vecino bos-
que: donde comenzaba el exercicio,
hincado de rodillas, y postrado en
tierra sobre su cara. En esta devota
postura prolongaba su oracion, re-
presentando las agonias, tedio, y
tristeza mortal de la Oracion del Huer-
to; y substituyendo con rios de lagri-
mas, embiadas del corazon à los ojos,
la roxa lluvia de sangre, con que re-
garon la tierra en el sudor sacrosanto
todos los poros del cuerpo de nues-
tro Redemptor Iesvs. Concluida la
representacion de este passo, conti-
nuaba la tragedia con el de la prision;
para lo qual, echada vna sogá al cue-
llo, tiraba de ella muchas vezes con
gran violencia por sus mismas manos:
excitandose por este medio à muy hu-
mildes consideraciones en vilipendio
de sí mismo. Mientras representaba
las furias ignominiosas, con que los
Sayones llevaban al Señor aprisiona-
do, iba caminando à vn collado, ò
montecillo, en que figuraba el Monte
Calvario; y donde con el passo de
la Crucifixion daba fin à su devoto

exercicio. Antes emperó de llegar à
la cumbre; y proporcionando la ocu-
pacion à la distancia, se detenía de
trecho en trecho à la meditacion, y
representacion de los mas principales
passos de tan dolorosa tragedia. Des-
pues de la prision hacia memoria de
la Bofetada, y de los Tribunales; hi-
riendose con duros golpes el rostro
y confesandose reo de aquellos deli-
tos, que à vista de las finezas de vn
Dios aprisionado, y reputado por in-
fame, y delincente en el juyzio de
los hombres, le acriminaba el severo
juyzio de su humildad.

A la mitad del camino, desnudaba
dofe el Abito, y quedando en vivas
carnes, sin mas vestido que los paños
de la honestidad; y con la memoria
fixa en el passo de la flagelacion: des-
cargaba sobre su cuerpo con ramales
de cordeles, y cadenas de hierro vn
estruendoso diluvio de azotes, tan de-
sapitados, y crueldes, que inundaban
en sangre la tierra. Finalmente corona-
do de espinas, cargado sobre sus hom-
bros vn toscó, y robulto leño, y ca-
minando por las peñas con las rodi-
llas desnudas, bañadas las mas vezes
en sangre; cubiertos siempre los ojos
de llanto; el rostro de sudor, el cora-
zon de congojas, y de compasion el
alma: llegaba à la eminencia del co-
llado, ò montecillo, donde tenía fi-
xa vna Cruz, que aun oy se conferba
con el nombre de *La Cruz de S. Pedro
Regalado*. Al pie de ella, desnudo co-
mo estaba, y sin quitarse la corona de
espinas; pero descargandose del leño,
se quedaba de rodillas, tendidos los
brazos en Cruz, en la consideracion
de los dolores de su Crucificado Amor.
En este passo sucedia con gran fre-
quencia vn rarissimo prodigio; por-
que agitada vehementemente la fa-
cultad del espíritu à la viva fuerza de
la compasion amorosa, y de las an-
sias de transformarse en su Crucifica-

do

do Dueño; se iba levantando el cuer-
po en el ayre, hasta que media sus
brazos con los de la Cruz; y así pen-
dulo, extratico, y estirado, se queda-
ba tan vnido con ella, y tan fixo, que
no pudiera estarlo mas, si pendiera de
los clavos. Así le vieron diversas ve-
zes Pastores de aquellos montes; Al-
deanos de la comarca, y Religiosos
devotos; que noticiosos todos del su-
ceso, le seguian: si bien vnos, lleva-
dos del deseo, y fervor de imitarle; y
otros, solo de la devota curiosidad de
verle. Y verdaderamente que seria
digno espectáculo à la piedad Chris-
tiana vn cuerpo con realidades de vi-
vo entre tantas señas de cadáver cru-
cificado. Ello es cierto, que él estaba
desnudo, tendidos los brazos, estira-
do, yerto, bañado en sangre, y cla-
vado en la Cruz: si bien no con cla-
vos de hierro, ni aun con los del ter-
ror; sino con los de aquel amor, que
tenia crucificado al Apostol en la
Cruz misma de Christo. Mas para
que la devocion piadosa no padeciese
el sabroso engaño de equivocarle
con Christo Crucificado; no tenía
bueltras à la Cruz las espaldas, sino el
rostro; en cuya singular, y devota
postura se ofrecen mil piadosas con-
sideraciones al discurso, venerando
secretos, y Mysterios de la Divina
Providencia. Yo verdaderamente con-
templa al Santo en aquel devoto adel-
man, como quien estaba dando à en-
tender, que ni huía el rostro, ni bol-
via las espaldas à la Cruz: antes, es-
perandola à pie firme, cara à cara, y
con los brazos abiertos, abrazaba de
vna vez entre sus pechos, como la
Esposa, todo junto el haz de la mir-
ra en Christo Crucificado: y que co-
mo Aguija del amor estaba facendo
al muslo berano Cedro la medula del
espíritu. Otro contemplará, que aquel
abrazo es ademan de lucha: en que,
emulo de Jacob el Regalado, intenta

ganar de Christo heridas con bendi-
ciones: ò bien el espíritu, de mejor
vida que aquella que logró el cada-
ver del muchacho entre los brazos de
Eliseo. Mas lo que no tiene duda, es,
que en este estrecho lance serian Di-
vinas, y reciprocas las comunicaciones
de amor, y dolor entre el Amante, y
el Amado; el Amado, herido del
amor del Amante; y el Amante, tras-
passado del dolor del Amado: el Aman-
te todo para su Crucificado Amor; y
el Amado, crucificado todo para su
Amante. No es posible, empero,
que la adivinacion de nuestro limita-
do discurso atine con alguna de aque-
llas secretissimas influencias, con que
Christo, y el Regalado se reciprocaban
las almas; hablandose corazon à co-
razon, y tan de cerca. Podrase sin-
embargo, rastrear algo de esto por los
devotos, y ardientes epitetos, y jacu-
latorias, de que usaba el Santo, para
saludar à la Cruz; considerando pen-
diente de ella, como fruto de su arbol,
à su Crucificado Dueño.

33 Dios te Salve (dezia) Santissima
33 Cruz: Arbol de vida; Brazo Divi-
33 no; Nave del Cielo; Cetro de Da-
33 vid; Trono de la Sabiduria; Abis-
33 mo de misericordias; Puerta del
33 Parayso; Luz del mundo; Vida de
33 nuestra vida; Muerte de nuestra
33 muerte; Ornamento de los Santos;
33 Señal de la Paz, y Tesoro de los Es-
33 cogidos. Yo te alabo por Prenda de
33 la salud; Reposo de los Afegidos,
33 Espejo del corazon; Escudo de la
33 verdad; Leche de los Parvulos,
33 Manjar de los Varones, Torre de
33 David, y Testamento de Paz. A ti
33 recorro con devoto corazon, como
33 el Marinero, despues de su largo
33 viaje, al puerto de la salud, y del
33 refugio. Contigo nos defendemos
33 de los enemigos; contigo recibes
33 salud los enfermos; contigo se aman-
33 san los Elementos; contigo se ven-

cen

cen los peligros, y dificultades; y de ti huy en las fieras, hasta la infernal Serpiente. Tu, mas que todas las señales antiguas; tu, mas que la Serpiente de metal; tu, mas que la vara de Moyses; tu, mas que el *Tau* de los escogidos, cres salud, y defensa de los hombres. Si camino, si me muevo, si entro en qualquiera parte; si como, si bebo, si descanso: siempre estoy armado contigo, ò señal Divina. Yo te adoro; yo te venero; yo te reverencio, acordando me de aquel, que quiso pender en ti hasta la muerte, para darnos vida; y que siendo Dios, y Hombre, quiso morir en ti por mi, y por todos los hombres.

Enfin, despues de desatarse de aquel estrecho abrazo, con que el amor le fixaba en la Santissima Cruz; ò por mejor dezir, en el Crucificado; bolvia à vestirse su Abito, y se venia al Convento para asistir à los Maytines, hasta cuya hora gastaba en el devotissimo exercicio, que acabo de referir. La altura de perfeccion, à que ascendió por este medio, es mas para admirada, que para escrita; y de todo se forma vn papel, y robustissimo argumento, de quan seguro, real, y derecho camino es la meditacion atenta, y continua de la Pasion, y Muerte del Redemptor, para arribar à la mas excelsa cumbre de la perfeccion Christiana, y de la contemplacion, y transformacion Divina. Con esta experiencia, el Regalado siempre hizo por activa su Oracion; sin atreverse à salir (arreglado al concepto de su humildad) de la classe de Minimos, ò de los rudimentos de principiante: pero la Bondad Divina, en cuyos ojos hallan gracia, y exaltacion los humildes, le subia à la classe de Mayores, bolviendole por pasiva la misma Oracion; porque le transmutaba de persona que hazia, en persona

que padecia: de modo, que siendo primero el Santo Persona, que por su actividad, y fervor hacia, padeciendo, despues, por el favor, y benignidad Divina, era Persona, que padecia gozando. Quiero dezir (por que hablo para todos) que despues de imprimir el amante Siervo de Dios en su cuerpo, y en su alma, à fuerza de la meditacion, compasion, y operaciones de sus potencias, la dolorosa Pasion, y Virtudes de Jesu-Christo; que es lo que yo llamo *Oracion de activa*: le daba à gozar el mismo Señor en soberanos ilapfos de su Divinidad aquella *Mystica Pasion Divina*, que dixo S. Dionisio, y yo llamè *Oracion buelta por pasiva*; aunque no sin bastante temor de no atinar con la expresion de mi concepto: porque al fin, estas son Grammaticas, y Filosofas extraordinarias del Amor Soberano, que se aprehenden experimentalmente, mas que en las Aulas de las Escuelas, en las de los Oratorios: no quedandose en ellos las almas hechas estatuas de yelo à devocion de la ociosidad phantastica: sino estudiando con desvelada atencion en el libro de la Vida, à frecuentes passos, y repassos de las virtudes, y exemplos de nuestro Redemptor Jesu-Christo.

Demàs del particular exercicio de la Pasion Sacrosanta, que dexamos referido, hazia el fervoroso Regalado otras maravillosas expresiones del amor, que le transformaba en su Crucificado Dueño. Mientras celebraba el tremendo Sacrificio de la Misa: Teatro donde la Fè representaba tan al vivo la dolorosa tragedia de la Pasion, y Muerte del Redemptor: eran los ojos de este fiel, y enamorado Siervo suyo dos perennes fuentes de lagrimas, tan copiosas, que le inundaban serenamente el rostro, suspendiendo en admiracion, mezclada de compasion gozosa, à quantos devo-

CAPITVLO XX.

DEL CORDIAL AMOR DEL Santo Regalado à MARIA Santissima Señora nuestra; y de vn singular favor, con que premió su devocion esta Soberana Reyna.

Como nadie viene al Padre (segun el Divino Oraculo) sino por medio del Hijo; así (suele dezir mi devocion) ninguno viene al Hijo, sino por medio de la Madre. La razon de proporcion, y congruencia, en que me fundo, es: que así como la Santissima Humanidad del Hijo es el camino real, y seguro, que nos introduce à la Divinidad del Padre: así MARIA Santissima Madre de Dios, y nuestra es el camino immaculado, apacible, y ameno, que nos lleva sin tropiezos, fatigas, ni temores à la Humanidad, y benignidad del Hijo. Es esta Señora verdaderamente Magnifica Mysteriosa Escala; que vne el Cielo con la tierra; pues por ella descende Dios à los hombres, derramado en mil favores de influencias celestiales; y por ella suben los hombres à Dios, elevados por la gracia à la transformacion Divina. Es el Cuello soberano de la Iglesia, que vne la Cabeza con los miembros, y los miembros con su Cabeza: puesto que por esta dulce Medianera entre los Fieles, y Christo descenden los influxos de la gracia del Salvador al Cuerpo Mystico de los mismos Fieles; y por ella suben los Espiritus, y se comunica el vapor sagrado de las oraciones, deseos, afectos, y ardores de este Mystico Cuerpo à su Divina Cabeza. Por esta razon todos los Amantes de Jesu-Christo han adolecido tiernamente del amor à su Madre Imaculada: con-

devotos le atendian: y tan ardientes, que parecieran fuego, sino corrieran deslizadas por las mexillas; como si fuese su corazon vna transparente masa de crystal, que se iba derriendiendo por los ojos al calor activissimo de su espíritu,

Casi esto mismo le sucedia, quando fixaba los ojos, no solo en las expresas Imagenes de Christo Crucificado; à cuya vista, con la vehemencia de sus afectos, y al compás que corrian las lagrimas à la tierra, solia subir el cuerpo extatico, y arrebatado en el ayre: sino aun en aquellos symbolos, que muy en sombra, y de lexos bosquejaban figuras de la Pasion. Por esto siempre que en su presencia maltrataban, ò ataban à los animalitos inocentes; en especial si eran Corderos, y los destinaban al cuchillo: solia prorrumpir en extremos de dolor, saliendo fuera de sí con la pena; de modo que no se sofegaba; hasta que con el rugo, ò con alguna alhajilla pobre, à imitacion del Serafico Patriarca, les negociaba libertad, y vida. Expresion, que en espíritus vulgares; quando no pasase por hazañeria, se calificarà, à lo mas, por comun efecto de vn natural afeminado, y blandamente compasivo: Mas en Espiritus Heroycos, de la classe del de nuestro Santo, son finezas de corazones heridos; que solo con el toque de vna ligera sombra de las penas del Amado, renuevan su dolor sensibilissimamente; testificando con las extravagancias, en que prorrumpen, la calidad de la flecha que traen clavada, y de la herida, que les duele.



templandola medio tan dulce como eficaz para la vnion amorosa con el mismo Hijo, à que sin cessar aspiran con todas las ansias de su corazon. Entre todos ellos tiene, no digo el primer lugar: pero si vno de los primeros, nuestro Santo Regalado; como lo testifican irrefragable, y constantemente los devotissimos obsequios, que conflagraba à su culto.

En el que ponía su mayor cuydado, era la imitacion de las virtudes de esta Reyna, y Señora de ellas, en aquel grado de perfeccion, que al Siervo le era posible. Sabia, que la devocion que florecia solo en los labios con la pompa de hermosas palabras, sin estar por las obras arraygada en el corazon, era devocion bastarda; de mas apariencia que realidad, y de mas frecuencia que jugo. Por esso à los obsequios de los labios, juntaba el Regalado los de las manos; procurando que de obras, y palabras compusiese su amor la harmonia mas suave à los oidos de la Soberana Reyna. No entendia, como podian componerse en vn solo corazon, amar verdaderamente à la Madre, y ofender de muerte al Hijo de sus entrañas, à quien ella quiere mas que à su misma vida; y reputaba por notoriamente loco, al que despues de enfangrentar las manos en las heridas mortales del Hijo, ofrecia con las mismas enfangrentadas manos (sin procurar primero lavarlas en lagrimas de contricion) las oraciones, y alabanzas de los labios, à la Madre. Por esta razon el Santo obsequiaba substancialissimamente à MARIA Santissima con el entero cumplimiento de la ley, y beneplacito de su dulcissimo Hijo; à cuya voluntad vivia tan arreglado, que no se le notò obra, ni palabra contra ella; como ya dexamos dicho en el Capitulo de su Caridad, y amor à Dios nuestro Señor.

Sobre este solido, y verdadero fundamento de la devocion añadia el Regalado, como amante fino, otros mil generos de obsequios en reverencia, veneracion, y culto de MARIA Santissima. Tan desde sus primeros años comenzò à venerarla, rezandola con afectuosa atencion su Corona de siete diez, que podemos dezir, nació con el esta devocion; en que perseverò toda la vida. Por toda ella tambien, desde Religioso, la rezò su Oficio Parvo con indecible fidelidad, y ternura. Demàs de esto, todas las Vigilias de las Festividades de esta Señora, y vna Quaresma de mas de quarenta dias antes de la Fiesta de la Assumpcion, ayunaba à pan, y agua; con las regidissimas circunstancias, que dexamos dichas en la relacion de sus Penitencias.

Protestaba no menos cordialmente esta passion amorosa à la Reyna Pura, en el gozo, que del corazon se le revertia al rostro, quando veia alguna de sus Imagenes, porque à vista de ellas, vnas vezes quedaba absorto: otras, prorrumplia en alabanzas del Original. En esta materia sucediò vn maravilloso caso, en que se echò bien de conocer, assi el amor, con que adoraba el Regalado à la Divina Madre; como la correspondencia reciproca de esta Señora à las finezas de su amante Siervo. Hallabase cantando Maytines en el Convento de el Abrojo, dia veinte y cinco de Marzo, en que celebra la Iglesia Catholica el Mysterio de la Anunciacion de MARIA Santissima. Avivose con esta ocasion la memoria de vna hermosissima Imagen de esta Señora, que se veneraba de diestro pincel en el Altar Mayor del Convento de la Aguilera; representando el Lienzo tan vivamente la Celestial Pureza, Humildad, y Hermosura de

de la Inmaculada Virgen en el referido Mysterio de su Anunciacion; que movia devotos afectos en quantos la miraban; y singularmente los dispartaba, como en materia mas bien dispuesta, en el bendito Regalado. Este avivando con la memoria de la devota Imagen el fuego de su corazon, comenzò à arder en deseos de verla nuevamente mas de cerca, para venerarla con mayor satisfaccion de su afecto. Y creyendo con viva fee, que la Señora no dexaria de favorecer vnas ansias, que miraban derecha, y sencillamente su mayor obsequio: convertido al Religioso, que estaba mas inmediato, le dixo: Hermano, à mi se me ofrece vna breve ausencia: Si entre tanto los Hermanos me echassen menos, diles que presto buelvo. Dichas estas palabras, se desapareciò de los ojos de todos; y poco diferente del otro Profeta, fue trasladado por ministerio de los Angeles al lugar de su deseo; de modo que en el mismo instante, que saltò del Convento del Abrojo, se hallò en el de la Aguilera entre los Frayles, que tambien cantaban Maytines. Quedaron atonitos, viendole repentinamente en el Choro, puesto en medio de ellos; desfigurados de su venida, y sin saber como, ni por donde fue su entrada. Mas luego que el Santo con breves, pero significativas palabras, fosegò la devota turbacion de todos, prosiguieron los Maytines, acompañados del Siervo de Dios. Duròles, empero, muy poco su júbilo; porque concluido el Rezo, y aviendo el amartelado Siervo de la Virgen venerado su Santa Imagen, se desapareciò del Choro, y fue restituído à su Convento de el Abrojo por el mismo medio de los Santos Angeles, y con las mismas circunstancias milagrosas, con que avia

Parte VI.

salido de el. Conferido despues el caso entre los Religiosos de vno, y otro Convento, conocieron, quanto aprecio hacia la Soberana Reyna del Cielo de su fino Devoto el Regalado; puesto que por complacer sus piadosos deseos, y como en premio de sus amantes servicios, mandò à sus Angeles, que le asistiesen, para llevarle donde quisiere; y que le llevasen en palmas, para que no se ofendiese su venerable planta contra la piedra.

El Padre Mohzaval con pocos Autores, que cita, dize, que en este caso se hallò el Santo en dos lugares aun tiempo. Queda à discrecion de los Lectores el sentir, lo que segun su juyzio quadrasse mas bien con la verdad: mientras yo sigo el dicho de la tradicion comun; el testimonio constante de las Pinturas antiguas, y modernas; y la puntual narracion de los mas graves Historiadores, y de los mas: los quales todos escribieron el prodigio, como le dexo referido; despues de aver ellos hecho de el vn bien acordado, y muy escrupuloso examen: que solo en estas, y semejantes materias, pueden hazer concordancia buena lo muy escrupuloso, y lo bien acordado.

CAPITULO XXI.

DE LA MILAGROSA CARIDAD de San Pedro Regalado con los proximos; su zelo del bien de las almas; convierte el pan en flores, y haze otros prodigios.

EL que gozò de habitar tabernaculos de gloria sobre el excelso monte de la Contemplacion, y Caridad Divina; donde se gozan à satisfaccion los abrazos del amado, y demàs celestiales con-

H 2

fo

solacionès: no descende de la altura con ligera planta al focorro de las agenas miserias, quando así lo dicta la razon, y la misma Caridad: està muy rudo, y aun merece el nombre de necio, en la Escuela, y en la sequela del Divino Maestro de la Vida Nuestro Señor Jesu-Christo. Porque quien no sabe, como notò con magistral advertencia San Ambrosio, que aviendo subido el mismo Señor à orar en la altura del monte, descendió de allí despues, à curar los varios enfermos, que con los ojos en su misericordia esperaban verse libres de todas sus miserias? Lo cierto es, que al primero, y grande mandamiento del amor de Dios sigue, segun la maxima del mismo Divino Maestro, el mandamiento del amor del proximo; y que quien faltasse en este, dexando de socorrer al proximo en aquello, que le es posible, y compatible con su vocacion, y estado; aunque por esto abandone la propia comodidad, y regalo espiritual: no tendrá muy acendrado el oro del amor de Dios. Y por ventura, si lo examinamos bien en el contraste de la razon, y de la ley Divina, encontraremos alquimia, lo que se juzgaba oro. Quizà por esto dizen (no sin grave fundamento) los Santos, que la visible prueba de el amor perfecto de Dios en el alma, es la Caridad perfecta del proximo; pues, ni esta puede moverse sin aquel espíritu; ni este espíritu puede dexar de respirar en aquella Caridad: en cuya consecuencia el Discipulo del Amor, que aprehendió la ciencia de la supereminente Caridad de Christo en su misma esphera, nos testifica: que si nos amassemos santa, y reciamente, entonces Dios habitarà en nuestras almas, y su Caridad esterà perfecta en nosotros. Bien capáz de esta doctrina N. Santo

Regalado, no dexaba perder ocasion alguna de refinar su misma Caridad para con Dios, aplicandose con todas sus fuerças, segun su vocacion, y estado, al focorro de los proximos en todo genero de necesidades: corporales, y espirituales.

Y como estas vltimas son las que tienen el primer lugar en la estimacion, de quien dignamente pondera las heridas del alma; ponía en el remedio de ellas el Siervo de Dios su mayor conato. En el Pulpito, en el Confessionario, en las conversaciones privadas; en la oracion, y en quantas coyunturas hallaba su discrecion, y zelo, para convertir à Dios los pecadores, y sollicitarles la Divina misericordia: no dexaba perder lance. En los Sermones enseñaba con erudicion (dize Monzaval) persuadia con eficacia, movia con valentia, y atrala sin violencia. El asunto mas frequente de ellos era, como de los del Baptista, la penitencia de las culpas. No predicaba aquellas bizarras galanerias, que sirviendo solo al alhago de los oidos, se dexan todo entero el mal en los corazones: ni aquellas sutilezas, que llevandose prendidos en sus puntas los entendimientos, pocas vezes facan sanagre de la voluntad. Pintaba con gran viveza la hermosura de las virtudes, y la fealdad de los vicios; haziendo à estos aborrecibles por el horror; y amables à aquellas, por la belleza. Predicaba en él, mas que el espíritu propio, el Espíritu Divino: y eran sus palabras mas de fuego, que de resplandor. A esta causa los colores, de que vsaba en la exornacion de sus asuntos, tenían la viveza de otra Retorica, mas alta, que la de la humana sabiduria. Para persuadir sus proposiciones, vsaba candidamente de la Santa Escritura, trayendola en su genuino sentido: con que lograba en los oyentes toda aquella eficacia, que la dà el Espíritu

San

Santo; y que malogran muchos, por adulterarla con indignas interpretaciones, y despropósitos de su espíritu propio. De los Sermones hazia ocasiòs no, costumbre: y por esso solian tener de mas fructuosos, todo lo que tenían de menos frequentes. No presumo condenar por esto aquella continua Predicacion, que veo calificada con felices efectos en el fervoroso incansable zelo de muchos Santos, y Varones Apostolicos; porque à la verdad, en estos aquella gracia, y espíritu, que Dios derrama en sus labios, para hablar à los corazones, quita à la continuacion el fastidio. Pero digo, que el predicar con frecuencia, sin experimentar esta gracia, suele ser muchas vezes mas que espíritu, mania; à que precisamente se sigue por fruto, vnas vezes el fastidio, y otras, el desprecio del Predicador. Lo cierto es, que todas las cosas quieren punto, fazon, y tiempo; y que todas estas circunstancias en la semilla, que se siembra, suele ser otra segunda eficacia. En este conocimiento el Santo Regalado atendia la oportunidad del tiempo, y la disposicion del terreno, para sembrar la Divina palabra; con que con menos Sermones que otros, cogió muchos frutos. Entre ellos era muy frequente el de salir de la Iglesia los oyentes confesando à voces sus pecados, hirriendose con golpes sus pechos, y pidiendo à Dios misericordia, bañados en lagrimas de arrepentimiento.

En el Confessionario asistia con igual zelo, y caridad, que en el Pulpito; consagrando allí à la Divina Bondad los frutos, que aqui cogia. No vsaba en el Pulpito, y Confessionario de vn mismo estylo de persuadir, y reprehender; por que su zelo igualmente discreto, y santo, sabia discernir las circunstancias de vno, y otro lugar. En el Pulpito era mas vehemente, que reposado, y mas acre que suave: en el

Parte VI.

Confessionario, por lo opuesto, mas suave que rigido, y mas pacifico que vehemente; porque aqui hablaba en particular al temor, y puslanimidad, de quien ya reconocido de su culpa sollicitaba la misericordia: pero allí hablaba en general à los que abusando de la misericordia, suelen vivir endurecidos en sus culpas. En fin, por el medio de la benignidad en el Confessionario diò tantas almas à Dios, que segun consta de su Historia, no llegó à ser sus pies hombre obtinado, que no se ablandasse; enemigo, que no perdona; usurero, que no restituysse; se; avaro, que no fuesse liberal con los pobres; lascivo, que no fuesse casto; ni pecador, que no hiziesse penitencia. Vsaba para este fin, de razones, ruegos, y bien fazonadas reprehensiones. Con las razones convenia el entendimiento; con los ruegos movia la voluntad, y con el buen punto, y temple de la reprehension fixaba al alma en el temor del mal, y sequito del bien. En las penitencias preservativas, que miraban à desviar la ocasion, era executivo, sin dar en ellas treguas à los delinquentes; como quien sabia, que à la fuerza de la costumbre, y à lo deleznable de la naturaleza no se le puede fiar el pasar con seguridad la orilla del despeñadero. De las penitencias satisfactorias vsaba con discrecion benigna: quando bastaban al remedio de la llaga los lenitivos, no se valia de los causticos: y quando estos eran precisos, atendia la naturaleza del mal, sin desatender la calidad del paciente.

En las conversaciones privadas, no lograba menos felices efectos el fuego de su Caridad. Fueron muchos, los que aviendo vivido largos años endurecidos en mortales odios, no hallaron resistencia à su persuasion; y careados, para que se diesen las manos en señal de amistad, se postraban, à

H 3

por

porfia, los vnos à los pies de los otros, sin hablarle palabras en sus passados disgustos, y regando con lagrimas aquella nueva paz, que nacia entre sus brazos. Los que à la luz de los confesijos del Siervo de Dios abrieron los ojos del defengaño para dar de mano al figlo, y confagrarse à Dios en la Religion; no tienen numero.

Sobre esto, los efectos, que en el retiro del Choro logró su Oracion eficaz, y continua en beneficio de las almas; quien los podrá historiar? Era verdaderamente su Oracion, para muchos pecadores obstinados, como vna sagrada piedra sin manos, que caia disparada del Cielo: porque sin saber ellos de donde les venia el golpe, se hallaban quebrantados los corazones, y postrados por tierra, pidiendo à Dios misericordia de sus culpas. Pero à los que con mas ansias aplicaba el Santo las suplicas de su Oracion, eran sus perseguidores. Y como estos fueron tantos, y tan prolongado tiempo, segun diximos en el Capitulo de su Paciencia: tuvo dilatado campo su Caridad, para copiar la mayor fineza, y practicar la suprema leccion de la Christiana Ley, que sobre la Cathedra de la Santa Cruz nos dexò intimada en el amor à los enemigos el Sobrano Maestro de la Vida. Arreglado à este Divinissimo exemplo, no solo perdonaba à sus enemigos: sino que los disculpaba: ayudandole à lo primero, su Manfredumbre; à lo segundo, su discrecion: y à vno, y à otro la Caridad no fingida. En el tribunal de su juyzio, ningun enemigo suyo salió condenado; porque quando no podia disculparles la injusticia de la obra, les escusaba la malicia de la intencion. En el movimiento de la mano, que le exercitaba, atendia el de la Providencia Divina; que vnas veces permitiendo; otras, ordenando el exercicio (segun la calidad del instrumento) alfin, siem-

pre lo và guiando todo à nuestro bien. Con este solido, y verdadero conocimiento, nunca solia estar mas gozoso, que quando se hallaba mas perseguido: Porque aora conozco (dezia) que no aparta de mi sus ojos, ni su corazon el Eterno Padre; quando así emplea sus manos, y sus instrumentos en hazerme conforme à la Imagen de su mas amado Hijo.

Quien con discrecion tan santa defendia de si mismo en el juyzio propio à sus notorios enemigos, y perseguidores; que haria con los que no lo eran? Lo cierto es, que nunca entrò à su alma aquella temeridad de juyzio, que, equivocada muchas vezes con el calor, y el color del zelo: passa plaza de Religion: no siendo, à la verdad, sino vna thifis maligna, ò calentura requemada de malevolencia, metida en las medulas del corazon, que lentamente và disipando los vitales espiritus de la Caridad; hasta dexar al alma en los huesos (si así se puede decir) hecha solo vn esqueleto, ò armadura de la virtud de la Justicia, sin jugo, ni espiritu alguno de gracia. Nunca, pues, nuestro Santo ofendiò con el juyzio temerario la buena opinion de sus proximos; antes à todos los tenia por buenos: à vnos, porque veia, que lo eran: à otros, porque lo creia. Quando Dios, para algun fin de su Providencia, no le revelaba el mal estado de alguna alma (que quando se le revelaba, suplia el Santo con la compasion; lo que no podia escusar con la piedad) no se meria en questiones de la opinion agena: y si tal vez tropezaba en el lazo de la duda (porque alfin tenia discurso para tropezar) entonces à la fuerza de su mismo discurso, y de la Caridad, defataba el lazo, ò le rompía. Trabajaba con todo conato, à fin de que en su corazon no cayesse la mala semilla de siniestro rezelo: como quien sabia, que, à poco fomento del

discurso depravado, prorumpia en temerario juyzio contra los proximos. En caso de padecer engaño en el juyzio, mas queria compadecerse de ver malo al que juzgò por bueno; que arrepentirse de aver juzgado al bueno por malo. Conforme à estas maximas de Caridad perfecta, quando en el proximo miraba la virtud, abria otro tanto los ojos, para que el exemplo entrasse à su corazon: quando miraba el vicio, los cerraba, para que el escandalo se quedasse de puertas à fuera. Para no ver la maldad agena, se tapaba el entendimiento con la voluntad: para atender la bondad, añadia ojos al entendimiento. En fin, las encendidas llamas del zelo, que ardia à boltanes en el corazon del amante de Dios Regalado; por quantos caminos descubrian con sus luzes, iban, ò disculpando, ò desferrando de los proximos las tinieblas de los pecados, y llenando sus pechos del vivo fuego de la Caridad.

Despues de los males de culpa tienen en la Caridad, y Misericordia el primer lugar los males de aquellas penas, en que acrisola à las benditas Animas del Purgatorio, el rigor de la Justicia Divina: porque como por medio de estas penas quedan dispuestas las almas à la vision, y fruicion Beatifica en la eternidad del Cielo, donde no puede entrar cosa manchada; exceden aquellas penas casi inmensamente à todas otras penas temporales (por mas atrozes que se imaginen) y à todo el concepto de nuestra capacidad. Tenialas bien consideradas el Santo Regalado à fuerza de su compasion; y con ella sollicitaba el alivio de las benditas Animas, por todos los medios posibles. Aplicables en satisfaccion todos sus particulares exercicios de ayunos, cilicios, disciplinas, y demàs mortificaciones penales. Fuera de este, los Sufragios, que hazia por

ellas eran continuos; y con todo esto, su humildad, ò su compasion (ò vna, y otra) poco satisfechas de las oraciones propias; sollicitaba con notable eficacia las agenas; persuadiendo à todos esta devocion cordial de las benditas Animas. Siendo Prelado, dispuso que cada semana perpetuamente se hiziesen vna vez especiales Sufragios; y que todas las noches anduviesen dos Religiosos echando agua bendita por los transitos del Convento, pidiendo en voz alta oraciones por los Difuntos: ceremonia, que desde entonces hasta oy dura en la piedad de muchas Provincias de nuestra Seráfica Religion. Sobre todo, dispuso (dexandolo arreglado entre los especiales Estatutos de su Reforma) que todas las noches visitassen de Comunidad, y en procesion los Religiosos, las Estaciones del Santissimo, de los Altares; las ocho del Claustro, y el *Via Crucis*: por las Animas del Purgatorio.

De las necesidades de las Almas descendia su Caridad misericordiosa à las de los cuerpos. Hablando cerca de este punto la Relacion, que otras vezes he citado, de las Virtudes, y Milagros del Santo à Urbano VIII. dize fuertemente estas palabras. Era muy frecuente ocupacion de este Siervo del Altissimo, quando se hallaba fuera de su Convento, visitar las Carceles, y los Hospitales; sollicitar alimento para los hambrientos; vestido, para los desnudos; redencion, para los Cautivos, por medio de las limosnas; y vniuersalmente, remedio para todo genero de necesidades. En los Hospitales emperco con mas vigorosos rayos el ardor de su Caridad, y compasion misericordiosa. Barriales los apofentos; haziales las camas; limpiabales la inmundicia de las ropas, y hasta la de los mismos vasos inmundos. Con los mas necesitados,

dos, ò mas alquerosos, y desfigurados de asistencia por el contagio de la enfermedad, ò por lo hediondo, y horroroso de las llagas: les era aun tiempo mismo Medico, y Enfermero: como Medico, los curaba sin el menor rezelo del contagio, ni horror de la hediondez: como Enfermero, se desvelaba en su asistencia, y regalo. En la curacion de las mas asquerosas llagas, poniendo primero los ojos del alma en su Crucificado Dueño, original de aquellos Retratos: se servia de las manos, y la boca; ò por mejor decir, hazia que tambien la boca sirviese de manos; porque despues de consolar à los tristes con palabras de vida eterna, aplicaba muchas vezes los labios, y la lengua para limpiar las llagas. Enjugabafelas blandamente, chupando sin melindre, y con entrañable amor la podre de las materias, y tal vez, las mismas llagas; porque desaparecidas de improvifo en el contacto de los labios parecia (hablando de esta vez con hyperbole piadoso) que la Misericordia se las forbia.

Aun passaban mas adelante las expresiones de su compasion caritativa con los pobres enfermos. En encontrando à alguno en los caminos, si advertia que caminaba à pie con alguna molestia, cargaba con él, acomodandole sobre sus ombros en la mejor forma, que le era posible. Afí cargado, le conducia al mas cercano Hospital; con el mismo desembarazo, y ligereza, que pudiera, si caminara aliviado del peso: yà fuese, porque el poder Divino, obligado del servicio de su Siervo; le aligeraba la carga; yà, porque el espíritu de su corazón hazia fuerza en sus brazos; y no le pesaba en el ombro, carga que le acomodaba en él con sus ataduras la Caridad. Alfin, llevado del peso de su amor, llevaba gozoso sobre sí

el de su misericordia: con la memoria fixa en el Redemptor del mundo, que para sanarnos de nuestras enfermedades, cargó con ellas: à cuya imitacion el Regalado, yà que no pudo cargar con las enfermedades, cargó con los enfermos. Si sobre estar enfermos pobres, estaban tambien desnudos, solia dexarles el Manto, para que cubriesen su desnudez, y se defendiesen del frio; que alfin, aunque el Manto era corto, y muy pobre, la Caridad le estendia, y duplicaba de modo, que no huviesse alguno que se escondiese de su calor.

Con los Mendigos, y Vergonzantes tenia tambien admirable exercicio su misericordia. No les daba la limosna, que recogia para el Convento, quando fue Limosnero: pero les daba la traza de que se la tomasen. Deziales: Hijos, allà queda à vuestro juicio, y sobre vuestra conciencia el determinar entre vuestra necesidad, y la nuestra, quien tiene el primer derecho à la limosna. Si vosotros sois los mas necesitados, aqui tenéis por vuestro todo el pan, que recogí de los Bienhechores. Si le quereis tomar, yo no lo defendere: porque à mi solo me mandan que le pida; no, que le defienda. Procedia en este dictamen con tanta sinceridad, à sugeriones de su compasion; que no le parecia pudiesse aver Prelado, que sintiesse lo contrario: y sobre este seguro, socorria francamente à los pobres por el medio referido. Ellos con el favoconducido, que hallaban en la sencilla caridad del Santo, se daban tan buena maña à desbaliarle la alforja, que muchas vezes se bolvia al Convento de vacío, sin vn bocado de pan. Preguntabanle los Frayles en estas ocasiones: qué era de las limosnas, que los Bienhechores daban para la Comunidad? A que, muy alborozado, y alegre ref-

respondia lo mismo, que el Inclito Martyr S. Lorenzo à semejante pregunta: *In Caestres Thesuros manus pauperum deportaverunt*: las manos de los pobres las han llevado al deposito, de los Tesoros Celestiales. Aunque la respuesta tenia tan buen sonido en el oido de la Fè, no sonaba bien à todos: porque vnos lo glossaban à nimiedad de imprudencia; otros, à favor de propiedad; otros, à capricho del juicio propio; y todos, à desorden de la Caridad misma; que debiera (dezia) atender à sus Hermanos, Pobres de profesion, y encerrados en el Convento, dexando librado el sustento en su diligencia; antes que à los Estraños, y Mendigos, pobres solo de fortuna; que si bien esta les quitò sus bienes, les dexò el que vale mas que todos; en la libertad, con que pueden buscar su sustento en todas partes, y entodas puertas. Con esta razon, que mirada sin poner en el Cielo los ojos, parece invencible contra el Santo, traian los Frayles atormentada su Caridad: de modo, que se viò empeñada la Omnipotencia en bolver por él, como en otras ocasiones, y materias, con la voz de manifestos Milagros. El que aora dirè en confirmacion de este asunto, es vno de los que especialmente se calificaron por los Auditores de la Sagrada Rota para el efecto de su Beatificacion.

Viviendo el Santo vn invierno en el Convento del Abrojo, en ocasion que la crudeza del temporal ocasionaba en los pobres el crecimiento de la penuria: acudia todos los dias al Convento vna pobre viuda, dexandose tres hijos en casa; para cuyo sustento, y de sí propia no tenia mas recurso, que el de la limosna en la Porteria. El Santo, que por vna parte tenia bien comprehendida la necesidad de la pobre muger, y por otra parte experimentaba, que la porcion de li-

mosna, que le cabia en la distribucion comun quotidiana, no era bastante al socorro de ella, y de los hijos: se encargò de atenderla en particular à proporcion de su necesidad. Pero como el Siervo de Dios traia sobre sí los ojos, y la murmuracion de los otros Frayles en este punto; se cautelaba de ellos todo lo posible. Sucedió que vn dia trabajassen en el Convento ciertos Oficiales, para quienes se puso vna buena olla de carne: y aviendo el Santo asistido à la comida, recogió en vn lienço los fragmentos, y sobras, así de carne, como de pan, para la acostumbrada limosna de su pobre viuda, que le esperaba en la puerta. Llevabalo acomodado en el enfaldo del Abito: mas como la sinceridad de su espíritu estaba poco diestra en el manejo de la simulacion, no lo acomodò con tanta maña, que el Prelado, encontrandole en el camino, no tropezasse con la vista primero en el bulto del Abito; y despues en el sobresfulto, reverrido del corazón al rostro con el repentino encuentro. Con este motivo le preguntò: Qué llevaba oculto. Padre (le respondió) *Hevo flores*: y diciendo, y haziendo, le desplegó el Abito, en que se vieron los pedazos de pan convertidos en Rosas blancas; y los de carne, en encarnadas. Pasmò el Prelado à vista de flores frescas en la estacion mas cruda del Año; y crecía el pasmo, mientras mas procuraba desengañar al sentido. Miraba las flores vna, y otra vez; tocabalas, olialas; bolviaslas à mirar, à tocar, à oler: y hallando en cada diligencia de estas mas palpable la verdad del Santo, no cessaba de mirarle, y repreguntarle: *Qué flores eran aquellas, y qué mysterio tenían?* Descifrósele el rendido Subdito con igual humildad, y sencillez; y enterado el Prelado, con la persuasiva de tan patente prodigio, ser del agrado de Dios la mise-

misericordia, y caridad de su Siervo con los pobres, le dió la bendición, para que prosiguiese. Apenas obtuvo este beneplacito, quando deshaziendo milagrosamente el Milagro, restituyó las flores à lo que antes eran; de modo, que las blancas quedaron pan, y las encarnadas carne. Con esto continuó su camino, y su Caridad, entregando la limosna à la pobre Viuda; y alabando à Dios por la multitud de sus misericordias.

Este prodigio, digno, à la verdad, de la ponderacion, que de él hacen los graves citados Autores; es llena satisfaccion del escrupuloso reparo, con que fiscalizaban su misericordia los otros Frayles. Porque aunque no se puede negar ser ilícito al Religioso, por su Profesion de pobreza, hazer *notables* limosnas *contra la voluntad razonable* de sus Prelados: con todo esso, no se debe proceder en este punto tan escrupulosamente, que se les aten las manos para aquellas leves limosnas, que, atendidas las circunstancias, ni pueden dexar de ser agradables à los ojos de Dios, ni à los de vn Prelado, que gradúe las cosas por la razon, por la prudencia, y por la misericordia: como en caso semejante sienten del hijo de familias respecto de los bienes de su Padre, los mas graves Sumistas con el Angel de las Escuelas. Y aun en las limosnas graves, hechas con la buena fe de la aprobacion del Superior, quieren no vulgares Autores, tenga lugar esta doctrina, à favor de la misericordia con los necesitados. Sea, empero, de esto lo que se fuese, cuya resolucion dexaremos aora à los Doctos: lo que no tiene duda es, que impulsos de Caridad, y Misericordia, à que mueve extraordinariamente el influxo del Espiritu Santo, arrebatando toda la atencion del alma à la bondad, y honestidad del acto, ò al fin santo, que

se le representa; viven fuera de las reglas ordinarias: por cuyo principio muchas acciones extravagantes, que en Sujetos de vulgar virtud se condenarian por ilícitas: se califican de heroicas en Varones de Santidad famosa: mayormente, si del impulso Divino, que las gobierna, son irrefragable testimonio (como se ve en nuestro caso) las maravillas de la Omnipotencia.

Otro suceso, aun todavia mas raro, con que despues de difunto el Siervo de Dios, acreditó desde el Sepulcro el espíritu de la Caridad, y Misericordia, que en vida exercitò con los pobres; referirèmos con extension entre los prodigios, que se siguieron à su dichosa muerte.

CAPITULO XXII.

DE DOS MARAVILLOSOS CASOS;
en que se descubre el Dñ de Profecia, con
que Dios Nuestro Señor acreditó la
Santidad de su Siervo
Regalado.

Entre las gracias *gratis dadas*, con que la benigna mano del Padre de las lumbrès, como con otras tantas estrellas, haze resaltar la belleza del mystico firmamento de vn Espiritu Heroico: vna de las mas illustres es la luz Profetica: No, porque esta luz ande siempre junta con la de la Gracia santificante; pues es cosa bien notoria, que ni todos los Santos fueron Profetas, ni todos los Profetas Santos: sino porque de ordinario la comunicacion de este Dñ es poderoso argumento del aprecio, que el Soberano Rey, y Señor Dios de las virtudes, haze de la fidelidad, humildad, y finezas de sus Siervos: en cuya consecuencia dixo el Divino Maestro de la Vida à sus Discipulos, que en adelante ya no los daría el

Juan. 15. v.
15.

nombre de Siervos, sino de Amigos, porque determinaba depositar en sus pechos, como en otros tantos archivos de confianza, los Sacramentos ocultos de sus secretos. Y à la verdad, siendo tan de la inclinacion del alma el saber; y mas, el saber aquello, à cuya vista no alcanzan los ojos de la naturaleza; viene à fer esta luz profetica, que lo descubre, gracia dignissima de toda estima. No se ocultan de esta luz secretos, que, ò en sus entrañas, ò en sus distancias mas remotas escondió la tierra: ni memorias, que los años con el ligero vuelo del tiempo se llevaron à las regiones del olvido: ni sucesos, que en el caos de la contingencia tienen por descubrir sus causas: ni, finalmente, pensamientos sutilissimos, artificios, ardidès, astucias, trayciones, y toda especie de duplicidad, hypocresia, y malicia, que hunde, en la profundidad de sus senos el impenetrable abismo del corazon humano. Todas estas tinieblas, enfin, que retiran de la vista natural del hombre las cosas ocultas, se desvanecen con la luz celestial de la Profecia.

En ella, pues, como en otras gracias, que califican la heroica Santidad de los Justos, fue singularissimamente favorecido de la Divina liberalidad el feliz Siervo fuyo Regalado. Registrò con patente vista cosas occultissimas; y revelò muchos secretos de los corazones humanos, por conducir su noticia à la mayor gloria de Dios, y consistencia de la Reforma de la Orden. A muchos pecadores les puso delante de los ojos aquellos mas ocultos pecados, que guardaban en el corazon: diligencia à que correspondieron efectos felizes en verdaderas lagrimas de contricion, y penitencia. Mas aunque este Dñ fue maravilloso siempre en el Santo: con todo esso respaldandoció con especial gloria de Dios,

y consuelo, y enseñanza de las almas en los dos prodigiosos casos, que veremos en este Capitulo.

En vna Poblacion, situada à las riberas del Duero, y vecindades del Abrojo, vivia cierta Muger casada: en cuyo pecho la opulencia de bienes de fortuna, que eran muchos, debió de despertar, como sucede mas de vna vez, liviandades del antojo. Fuese por este motivo, ò por la calidad de su natural, tan facil à impresionarse de la piedad devota, como de la aficion injusta: ella era devotissima, y bienhechora del Santo Regalado, al mismo tiempo; que aficionada, y amiga de vn hombre no fuyo. Y sin respeto à la obligacion debida; à Dios por su ley; à su Marido, por el Matrimonio; y à si misma, por el pundonor: tres ramales, cuyo torzal dificilmente se dexa romper de otras fuerças, que de las de vna passion desbocada: continuaba su injusto trato en el comercio de su aficion; guardadas las espaldas, à su parecer, en la cautela, y secreto de la correspondencia. Mas, ò ceguedad infana de los que llegaron à dexarse atar los ojos con las vendas del amor ciego! Como dà en vago su satisfaccion, quando menos lo imaginan! Pues quando no tuvieramos vn Dios, que pudiera revelar en medio del Sol, para castigo, y para escarmiento (como se lo dixo à David) el secreto de las tinieblas; sobrava, para publicarlo, la misma natural infidelidad del corazon humano; que interesado mas que todos en su secreto propio, apenas atina vna vez à guardarle de si mismo. En fin, ello sucedió, que, ò necio, por favorecido, ò jactancioso, por ruin, el complice: no dexaba de celebrar la victoria, ò la fortuna de su amor, entre los que con el nombre de amigos le desfrutaban la confianza; aunque mejor dixèramos la locura. Y como secretos de esta cali-

calidad facilmente se desaprisionan del cuydado de su guarda, para correr libres por donde menos se piensa: llegò muy en breve la noticia de la comunicacion à los oidos, y poco despues, à los ojos del marido. Este, al fin, ocultò vna noche, à persuasion de sus zelos, y de su pundonor, entre la espessa arboleda de vn Huerto vezino al rio, donde se comunicaban los ciegos amantes: fue testigo de su afrenta. El bramido, en que prorrumpiò sin eleccion su corage, quando se viò con el agravio à los ojos; y el estrepito, que hizo tropezando todo en si mismo, aun mas que en los arboles del passo, al tiempo de arrojarle à la venganza: diò sobrado aviso, y lugar à los agresores, para que apellassen à la fuga; como lo hizieron, echando por diferentes caminos. El ofendido entonces, como la irritada fiera, que provocada de vna, y otra parte en el coso, quisiera vengarse à vn tiempo, de todos quantos la ofenden; y aprehendiendolo imposible, rompe finalmente por aquella parte, que mas la irrita: así el marido, viendo ser imposible à sus manos las muertes juntas, que à vna, y otra parte amenazaban sus ojos: dexando al adultero, porque le ofendia menos; ò porque la diligencia de sus pies le alexaba mas: siguiò con vn puñal en la mano à la infeliz muger; que esforzando la cobardia de su sexo con el mismo temor de su muerte, avia tomado en la fuga la orilla del rio. Pero como llevaba consigo tantas ataduras, que retardassen sus passos, à pocos lanzes sintiò sobre si al marido, que en las amenazas de la voz venia respirando mil muertes. Ella entonces, ò turbada con la evidencia de su peligro, ò persuadida (à sugestiones de la infernal culebra) que arrojandose à las aguas, sepultaria en ellas à vn tiempo su vida, y su ignominia; se pre-

cipitò al profundo; dexando al marido suspenso entre la horrible lastima, à que le llamaba la naturaleza; y el enojo de no aver tomado de su mano la satisfacion de su agravio, à que le provocaba la irritacion de la ira. Vniendo al fin, que por entonces no le quedaba arbitrio, para faciar su corage, se bolviò à su casa, mas discursivo, que satisfecho de su venganza; la que intentaba continuar, en el modo que le fuese posible.

Mas, ò misericordias de Dios! En el mismo punto (y era el de la media noche) que la muger se arrojò à las aguas, acababa el Siervo de Dios de hazer el exercicio de la Pasion de Christo (que arriba dexè declarado) y en èl vna fervorosa peticion por todos los pecadores, para que les alcanzasse el fruto de la Pasion Sacrosanta; y con mas especialidad, à los que en aquella hora se hallaban en la vltima agonía; gravados del peso de sus culpas, y sin alientos para implorar la Divina misericordia. Hallò tanto agrado en los ojos del Señor la Oracion de su Regalado Siervo, que movido de ella, embiò eficaces auxilios al corazon de la muger, quando ya luchaba con las vltimas ansias de la muerte; para que interponiendo el nombre, y los meritos del Santo, su cordial devoto, se arrepintiese de sus horribles culpas; como lo hizo con vivissimo dolor de averlas cometido contra vn Dios tan bueno: por cuyo medio acabò en paz la batalla de la vida, quedando su alma en carrera de salvacion.

Dos dias estubo el cadaver debajo de las aguas, al fin de los quales le arrojaron à la orilla. Observabalo el marido con cauteloso silencio; porque anhelando estender su venganza hasta mas allà de la muerte; dispuso (en el termino de los dos referidos dias) vna caxa, bien embreada en forma de ataúd, donde metiò el difunto cuerpo,

sobreponiendole vn cartel, que dezia: „Nadie toque este infeliz cadaver, „porque es de vna desesperada infame muger, que con sus propias manos, nos se diò la muerte. Con esto, cerrada la caxa la bolviò à arrojar à las aguas; en las quales estubo detenida hasta la siguiente noche, que fue la tercera despues de la tragedia. Pero la Divina misericordia, que por la intercesion del Santo Regalado avia colocado en la region de los vivientes el Alma de aquella pecadora ya feliz; dispuso que su cuerpo gozasse tambien el honor de la Ecclesiastica Sepultura. Para este fin hizo que su Siervo Regalado conociese con el Dòn de la luz profetica todo el suceso; mandandole al mismo tiempo, que concluido el Oficio, fuese procesionalmente con la Comunidad por el Cadaver, para sepultarle en su Iglesia. Acabados los Maytines, y noticiada la Comunidad, por medio del Santo, de lo que el Señor disponia, salieron en procesion aquella misma hora, prevenidos de todo lo necessario para vn entierro. Aviendo caminado al arbitrio del Santo, pararon à la orilla del rio; desde donde vieron, que la caxa, cortando la corriente, y nadando sobre la superficie, se les venia à las manos. Quando la tuvieron en ellas, mandò el Siervo de Dios trasladassen el cadaver, de la caxa à las andas: en las quales, profugiendo el Oficio funeral, le llevaron à la Iglesia. Aquí celebradas las exequias con devota piedad, mezclada de vn alegre horror, à que excitaban las circunstancias del caso; le dieron sepultura con todo el honor posible. Poco despues, la piedad de los Fieles cubriò la misma sepultura con vna lapida, en la qual se ve de medio relieve el bulto de la muger; cuya silenciosa imagen, es perpetuo sermón vivo, que persuade aun

Parte VI.

el mismo tiempo vtilissimos defengaños. Venfe alli, como en espejo, deslizes de la fragilidad humana; arrosos de vna vehemente aficion; infidelidades de la confianza agena; monstruosidades de vengança herida en el pundonor; excessos de la Misericordia Divina; y, finalmente, aquellas luzes, con que en beneficio de sus devotos favoreciò à su fiel Siervo Regalado la diestra liberalissima del Altisimo.

No es de menos admiracion, consuelo, y doctrina el caso, que se sigue. Caminando el Siervo de Dios Regalado de la Aguilera al Abrojo, hizo mansion en vn Pueblo, que llaman Quintranilla de Abaxo. Con esta ocasion llegòse à èl vn mancebo, natural del mismo Pueblo, pidiendole con notables instancias el Abito de su Reforma; que, como Comisario de ella, tenia facultad para concederle. Llenòse de gozo el Santo, viendo los fervores del pretendiente: pero penetrando con espíritu profetico el suceso, prevenido de Dios, para manifestar su gloria en aquel lugar: juzgò por conveniente responderle, que à la buelta de su viage daria cumplimiento à su peticion. Instaba el mancebo, para que ni vn punto tuviese en calma su llamamiento; y para mas obligarle, se lo pedia hincado de rodillas, y bañados los ojos en lagrimas. Vencido el corazon del piadoso Padre à instancias tan fervorosas, y tiernas, le dixo: Ea, „pues, hijo mio, buen animo, que des- „de este mismo instante quedas ya admitido à mi Instituto; y dentro de „muy poco tiempo te darè el Abito „exterior, que es lo que vnicamente te „falta para el lleno de tus deseos. Y si „entre tanto me muero (replicò el Jo- „ven) como cumpliràs tu palabra? Aun „en esse caso (le respondiò vltima- „mente el Siervo de Dios) yo mismo te „la empeno de que no te falte mi Abi- „to. Con esto dexando consolado al

I

mane